

“La ciencia más peligrosa es la que está restringida al dominio de los expertos”

Richard Bach

¿Cuántas veces nos hemos sentido perplejos, ignorantes e impotentes al leer un informe referido a nuestra propia persona? ¿Quién no ha experimentado la sensación de incertidumbre que nos invade cuando tenemos que esperar varios días para descifrar los resultados de unas pruebas médicas que –imaginamos- confirmarán nuestros peores temores o, por el contrario, nos tranquilizarán sobre nuestro estado de salud? ¿Alguien no se ha sentido confuso ante el presupuesto facilitado por un taller de reparación de vehículos o cualquier otro tipo de máquina al comprobar que no entendía los conceptos a los que se refería el importe global de la reparación? Son situaciones frecuentes, que casi consideramos “normales” y que -en el mejor de los casos- nos producen inquietud, descontento, rabia...

Pero, afortunadamente, los seres humanos del siglo XXI aún mantenemos la esperanza acerca de nuestro derecho a la información que nos concierne. Gracias a eso, convencidos de que el *homo sapiens* ha evolucionado lo suficiente como para diseñar canales de comunicación casi mágicos, al alcance de todos, nos dejamos guiar por nuestra ansiedad en la búsqueda de las respuestas que necesitamos conocer con urgencia, acudimos a medios rápidos y eficaces, como es el caso de Google o cualquier otro buscador digital de información. El resultado que obtenemos no siempre es clarificador, sino que puede ser aún más inquietante, cuando no aterrador -“está claro, lo que tengo parece muy grave”, por ejemplo- o, simplemente, lo único que logra es saturar nuestra mente de tal cantidad de datos incomprensibles que terminamos rindiéndonos a la evidencia de que somos realmente ineptos y lo mejor que podemos hacer es esperar a que un experto –de carne y hueso, personalmente y de un modo condescendentemente paternalista- nos traduzca el escrito a un lenguaje que podamos entender para retomar la deseada tranquilidad de espíritu.

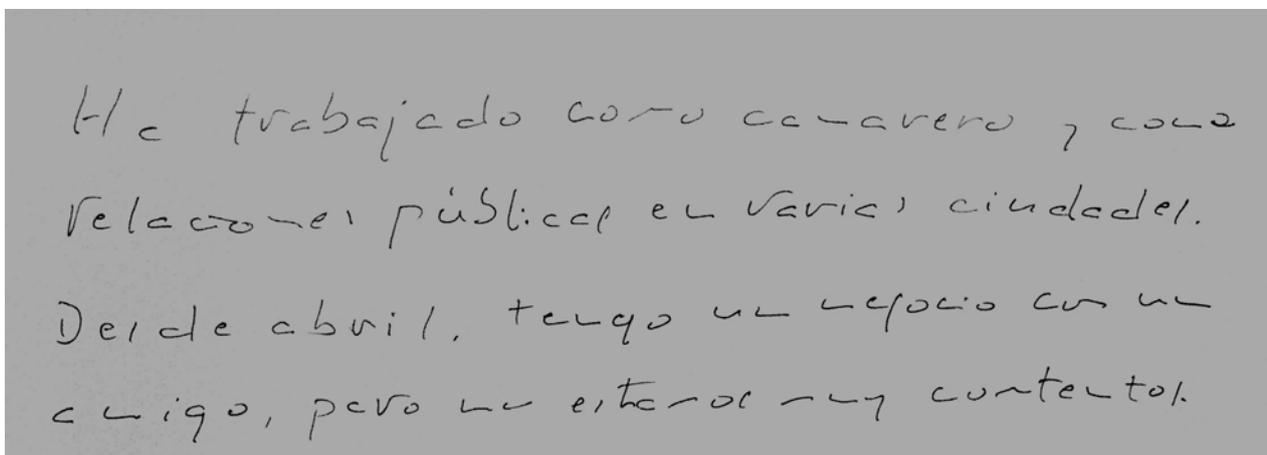
Especialmente interesante es el caso de los informes referidos a nuestra propia personalidad porque cada uno de nosotros tenemos –o creemos tener- una idea más o menos acertada acerca de quiénes somos, cuáles son nuestras cualidades positivas –las que nos ayudan a afrontar nuestro camino vital- y qué partes de nosotros mismos nos complican la existencia por un motivo u otro. Pero no, puede suceder que, cuando leemos un informe sobre nosotros mismos, lleguemos a dudar, incluso, de nuestra propia identidad o, en el mejor de los casos, nos sintamos necios por poder describir técnicamente “qué somos”, cuáles son las características que destacan en nosotros, qué motivaciones nos guían, cómo enfocamos nuestras relaciones con nuestro entorno... ¡El experto *sabe* mucho más! Con suerte, podemos sentirnos satisfechos si ese experto es, también, un *diccionario viviente*, dispuesto a traducirnos lo que *debemos entender* cuando leemos el documento.

La pregunta que nos hacemos, entonces es: ¿Por qué motivo *eso* que se me explica verbalmente para que yo lo entienda no es lo mismo que queda reflejado en el informe escrito? La respuesta no es tan obvia. Ciertamente, cada profesión tiene su propio metalenguaje, su terminología, y es lógico que los profesionales los conozcan y utilicen para entenderse entre ellos economizando tiempo, pero ninguno de nosotros somos profesionales de todo y, por tanto, en diversas situaciones somos víctimas del lenguaje técnico-científico, lo cual es más doloroso cuando somos usuarios las llamadas *ciencias humanas*.

Tomemos como ejemplo el caso de una persona que solicita un *informe de personalidad* a un grafólogo con el objetivo de aumentar su propio conocimiento personal y recibir orientación sobre alguna faceta concreta de su vida. El grafólogo se puede situar en una postura *docto-científica*, distante, pero lo cierto es que dispone de las herramientas necesarias para conocer el estilo comunicativo del cliente y acercar el lenguaje de su informe al mismo para comportarse como lo que es: otro ser humano, otra víctima de los informes *científicos*.

Dicen que "una imagen vale mil palabras" y, en este caso, nada más cierto. A título ilustrativo, observemos el siguiente fragmento de escritura:

Fig. 1

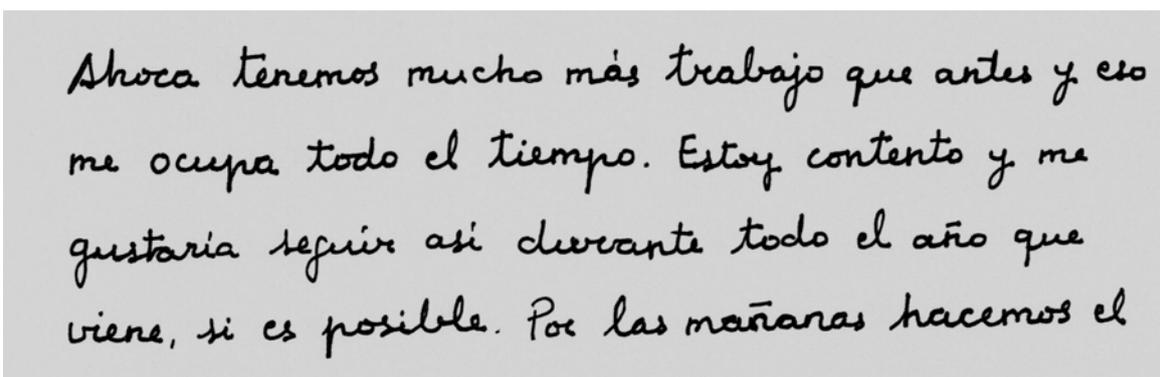


Contemplando a simple vista la disposición del texto, la velocidad de la grafía, la forma de los trazos y su cohesión, se deduce que nos encontramos ante una persona *de acción* e intuitiva, que presta escasa atención a los detalles (formas excesivamente simplificadas) porque tiende a buscar una sintética visión de conjunto en cada situación (a pesar de la simplificación de las formas, los signos de puntuación están presentes, la escritura resulta relativamente fácil de leer, los espacios entre palabras y renglones favorecen la claridad...) y alcanzar con rapidez sus objetivos (escritura de velocidad precipitada).

Se podría continuar interpretando el resto de los componentes del texto, pero lo expuesto en el párrafo anterior ya nos sugiere que ésta persona –suponiendo que solicitase un informe grafológico para conocerse mejor- podría sentirse muy impaciente ante un texto extenso y con estilo de redacción excesivamente descriptivo –compuesto por párrafos largos, abundancia de detalles explicativos en cada uno de sus apartados, lenguaje retórico, etc.- mientras que probablemente buscaría en primer lugar un índice de contenidos para acudir directamente al apartado de conclusiones y sugerencias, donde esperaría encontrar una síntesis clara de lo expuesto en el informe e, incluso, agradecería la presencia de tablas-resumen donde encontrar una visión de conjunto sobre sí mismo, posponiendo la lectura del resto del documento para otro momento, excepto en el caso en que encontrara algún aspecto esencialmente interesante para dedicarle su tiempo.

Algo muy diferente sucede en este otro caso:

Fig. 2



Shoca tenemos mucho más trabajo que antes y eso me ocupa todo el tiempo. Estoy contento y me gustaría seguir así durante todo el año que viene, si es posible. Por las mañanas hacemos el

Nos encontramos aquí ante una persona cuyo ritmo mental es más pausado que el del escritor de la Fig. 1 (no añade rasgos accesorios a los propuestos por el modelo caligráfico, pero tampoco omite detalles), un tipo de inteligencia concreto (centrado en los aspectos prácticos de la existencia), analítico (letras completas, espacios distribuidos regularmente, letras fácilmente identificables, claridad y precisión en el conjunto del texto) y con tendencia al razonamiento lógico un tanto convencional (letras predominantemente ligadas entre sí, proporciones adecuadas entre las tres zonas gráficas, legible, similar al modelo caligráfico y escritura de dimensión moderada).

Un escritor con el tipo de inteligencia y el enfoque de actividad de la Fig. 2, seguramente valorará más la estructura formal y la coherencia expresiva del informe que el escritor de la Fig. 1., además de dedicar el tiempo necesario para su lectura, leyéndolo todas las veces que considere conveniente hasta llegar casi a memorizarlo y, sobre todo, a encontrarle la aplicación práctica a cada uno de los párrafos, que –sin duda- recordará posteriormente.

Los dos ejemplos anteriores pretenden reflexionar sobre una especie de “plaga” que afecta a las llamadas *ciencias humanas*: la deshumanización de su lenguaje. Algo que, a veces, olvidamos los que nos dedicamos a la Psicología y a la Grafología cuando redactamos un informe dirigido a un ser humano concreto para su uso personal y, por tanto, supuestamente confeccionado *a su medida*. En algunas ocasiones, caemos en la llamada *deformación profesional* –acostumbrados, como estamos, a leer documentos en formato “científico” e incorporar su terminología a nuestro vocabulario cotidiano– pero, en otros casos, mucho más peligrosos, tenemos que luchar contra nuestros propios *fantasmas internos*, aquellos que nos susurran desde algún rincón de nuestra memoria que eso de “llamar al pan, pan y al vino, vino” es un privilegio que sólo debemos disfrutar en nuestra vida personal, no si hablamos como profesionales, cuando lo cierto es que expresarnos claramente no significa emplear palabras groseras, ni ofender al cliente, herirle en su autoestima o impresionarle con nuestra verborrea, sino ofrecerle la información que pide sobre sí mismo de una manera amable, respetuosa y seria, pero fácil de entender sin tener que acudir a los buscadores en Internet para aclarar sus dudas. No es mucho pedir por parte de los usuarios de las *ciencias humanas* ¿O sí...?